

# El valor de la investigación económica para las empresas

Por FRANCISCO PÉREZ  
Catedrático de Economía de la Universitat de València y director de Investigación del Ivié

Cada vez es más abrumadora la evidencia de que el valor generado por las economías desarrolladas se basa en el aprovechamiento productivo del conocimiento. Su importancia va mucho más allá del porcentaje del PIB gastado en I+D. En España, la renta nacional destinada a pagar por el uso del capital humano y tecnológico se aproxima al 60% del PIB y en la mayoría de las economías de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos) el porcentaje es superior, alcanza el 75% en algunos países ([www.observatorioabaco.es](http://www.observatorioabaco.es)).

Las empresas compran conocimientos –no solo tecnológicos– para producir los bienes que el mercado demanda, incorporarles las características más valoradas y manejar las tecnologías eficientemente controlando los costes. Estos aumentan cuando se emplea trabajo cualificado, pero las mejoras de productividad permiten generar los ingresos necesarios para compensarlos. Las organizaciones eficientes necesitan comprender la naturaleza de muchos mecanismos económicos y sociales, tanto internos como del entorno, que pueden influir en la productividad. Si los gestores entienden bien su funcionamiento, sus decisiones y resultados son mejores.

En la caja de herramientas económicas disponible para la gestión se han ido acumulando instrumentos basados en la teoría y en la experiencia. Los profesionales los manejan si cuentan con la educación necesaria –en la actualidad, prolongada a lo largo de toda la vida– y con una experiencia enriquecedora adquirida en el puesto de trabajo. El conocimiento proporciona, por ambas vías, criterios para generar y manejar información, analizar los problemas internos, valorar el entorno, adoptar decisiones sobre las inversiones, la producción a realizar y la asignación de los recursos humanos y financieros.

La investigación económica fundamenta el acervo conceptual y estadístico que respalda nuestras decisiones micro y macroeconómicas. Los esquemas con los que ordenamos la solución de los problemas y los datos con los que objetivamos nuestras valoraciones se basan en hipótesis teóricas y con-



**DEBEMOS ESFORZARNOS POR MEJORAR EL CONOCIMIENTO ECONÓMICO Y FINANCIERO DE LA POBLACIÓN Y DE LOS GESTORES DE LAS EMPRESAS.**

trastes empíricos suministrados por la economía.

Cada vez más, los trabajos teóricos relevantes son contrastados empíricamente y, gracias a ello, los más importantes ofrecen recomendaciones que cuentan con el doble respaldo de una teoría sólida y una evidencia empírica abundante. El enorme desarrollo estadístico del último siglo también se ha basado en investigaciones para identificar y sistematizar las variables relevantes.

Es cierto que la diversidad de diagnósticos es en muchos casos notable y los pronósticos económicos siguen siendo imprecisos, pero eso no equivale a que no sabemos nada. Al contrario, gracias a la investigación económica hemos multiplicado nuestra capacidad de observación ordenada de la compleja y cambiante vida económica, mejorando las herramientas para gestionar el crecimiento de las

empresas y los países a medio plazo.

Los investigadores hemos de hacer un esfuerzo más intenso y continuado para facilitar el uso de esos instrumentos si queremos que la sociedad ponga en valor nuestro trabajo y acceda al conocimiento que pueda ser de su interés. Nuestras peticiones de apoyo social y económico a las actividades de I+D exigen que mostremos la relevancia y aplicabilidad de los conocimientos a la sociedad y a las empresas, para que aprecien su interés y puedan aprovecharlos. Las empresas más eficientes y las economías más prósperas ya lo hacen: sus políticas ofrecen mejores resultados porque están más próximas por lo general a las recomendaciones basadas en la investigación de calidad que a las recetas que prefieren el bálsamo de Fierabrás para remediar milagrosamente los problemas.

El progreso material de los países no es posible sin mejorar sus tejidos productivos y sus políticas económicas. Estas mejoras no son fruto solo de las aportaciones de la economía pero tampoco serían viables sin sus contribuciones, porque facilitan la adopción de decisiones informadas, ayudan a tomar mejores decisiones, reducen riesgos y evitan pérdidas. La crisis ha mostrado casos dramáticos de cómo la falta de formación e información provoca costes evitables. Por eso debemos hacer más esfuerzos por mejorar el conocimiento económico y financiero de la población y de los gestores de las empresas. La obligación de los que recibimos recursos para generarlo es, también, trasladarlo adecuadamente y divulgarlo. ■